

Aquel día había mejillones para cenar, pero eso no era ni una señal ni una coincidencia. Cier- to que era algo inusual, pero está claro que no era ninguna señal, aunque más tarde alguna vez hemos dicho, aquello fue un mal agüero, lo hemos dicho al- guna vez, pero seguro que no lo era, como tampoco era una coincidencia. Por qué precisamente aquel día íbamos a comer mejillones, precisamente aque- lla noche, nos lo hemos preguntado alguna vez, pero tampoco era eso exactamente, de ninguna manera puede decirse que fuera una coincidencia, solo es que a posteriori hemos tratado de interpretar el he- cho de que hubiera mejillones para cenar como una señal o una coincidencia, porque lo que pasó des- pués de esa cena fallida fue tan terrible que ninguno de nosotros se ha recuperado aún. Al fin y al cabo,

siempre comíamos mejillones cuando había algo importante y esta vez hubo algo importante, efectivamente, aunque de un signo muy distinto a lo que esperábamos. Si se mira bien, lo que esperábamos al planear la cena de mejillones, comparado con lo que resultó después, era de una importancia más bien pequeña, de una importancia de segunda fila, mientras que lo que resultó efectivamente fue de una importancia considerable, de una importancia enorme y extraordinaria, pero de ninguna manera puede decirse que fuera una señal o una coincidencia el que aquel día hubiera para cenar mejillones, el plato preferido de mi padre. No eran en absoluto el plato preferido de los demás, solo a mi hermano le gustaban un poco, a mi madre y a mí no nos entusiasman. A mí no me entusiasman, decía siempre mi madre mientras limpiaba mejillones inclinada encima de la bañera, manejando alternativamente un cuchillo pequeño de cocina y un cepillo rojo de cerdas duras. Se le enrojecían las manos por el contacto con el agua fría y porque además tenía que rascar, frotar, cepillar y lavar los mejillones a fondo porque no había nada que desagradara tanto a mi padre

como encontrar arena en el interior de los mejillones y que le crujiera entre los dientes, eso le fastidiaba mucho. En el fondo a mí no me entusiasman, dijo mi madre aquella tarde también, echándose el aliento a las manos heladas. Pero claro, había algo importante, por eso por la mañana había comprado los cuatro kilos de mejillones pensando que mi padre tendría una alegría al regresar a casa después del viaje. Porque mi padre solía volver harto de la carne a la plancha o asada, casi siempre dura y medio cruda, que comía durante esos viajes, y entonces quería que mi madre cocinara algo decente, algo hecho en casa y que no se encontrara en esos hoteles donde se celebran reuniones. Mi padre siempre volvía harto de esos hoteles. Tienen de todo pero son fríos, decía siempre. A mi padre no le gustaba viajar por motivos de trabajo, prefería quedarse al lado de su familia, y por eso el regreso de uno de esos viajes era siempre un acontecimiento importante. Tradicionalmente celebrábamos esos acontecimientos con patatas hervidas acompañadas de requesón y aliñadas con aceite de linaza, a veces también había puré de guisantes, y entonces mi padre se ponía nostál-

gico, porque esas eran las cosas que comía en su juventud, nada de carne dura, ya fuera asada o a la plancha, y por eso muchas veces pedía a mi madre que hiciera patatas con requesón. Pero nunca le pedía que hiciera mejillones, porque los mejillones los preparaban siempre entre los dos.